

El euro y Europa: una visión alemana

Jochen Thies

Desde la irrupción de la crisis financiera mundial hace cinco años, se oye decir con frecuencia que los alemanes deberían asumir la dirección política del continente. Pero si se analiza la situación más a fondo, la República Federal de Alemania ni puede ni está dispuesta a hacerlo. Además, los países socios, sobre todo los grandes, no desean en serio que Alemania asuma el liderazgo.

No se debe pedir demasiado a los alemanes: a diferencia de la mayoría de los países europeos no tienen una larga experiencia internacional como nación de navegantes; no han dado al mundo un Cristóbal Colón ni un Américo Vespucio. Mientras otras potencias europeas como Portugal, España, Holanda o Reino Unido descubrían el mundo, comerciaban y acrecentaban las riquezas de sus elites, los alemanes estaban divididos en muchos Estados pequeños. Todavía hoy la vida cultural, alemana e internacional, se beneficia de que muchos de esos pequeños Estados hicieran posible el surgimiento de artistas de primera fila, grandes cabezas como el músico Johann Sebastian Bach o el erudito universal Johann Wolfgang von Goethe. La burguesía culta alemana también tuvo que ver con esta evolución especial. Los alemanes alcanzaron la categoría de Estado nacional hace

Jochen Thies, periodista y escritor, ha sido redactor jefe de *Europa-Archiv/Internationale Politik* y director de Internacional de la DeutschlandRadio de Berlín. Es miembro del consejo asesor de POLÍTICA EXTERIOR.

Desde el estallido de la crisis se oyen voces que demandan a Alemania liderar la solución de los problemas del continente. Estas voces olvidan que los alemanes, a diferencia de otros pueblos europeos, carecen de una dilatada experiencia internacional.

poco menos de 150 años, tras un proceso preparado por Napoleón I y brillantemente ejecutado y consolidado por Bismarck. Constituyen, por tanto, una nación tardía. Como después de Bismarck Alemania no alumbró grandes figuras en el ámbito de la política exterior, probablemente no tenga en ese terreno el mismo talento que en muchos otros y, como la modernización política y social no avanzó lo suficientemente rápido, el país perdió sus oportunidades en muy poco tiempo.

Hace 100 años Alemania se propuso convertirse en la nación industrializada número uno y aventajar así al imperio británico. Entonces se sucedieron, con un margen de separación de media generación, las dos guerras mundiales, que quizá habrían quedado plenamente superadas en la conciencia de los europeos si no se hubiese producido el asesinato de los judíos europeos a instancias de Hitler y de sus muchos cómplices. El mundo no ha olvidado este crimen singular; no puede olvidarlo, y justamente eso, o "Auschwitz", tal como lo denominaba recientemente el ex canciller Helmut Schmidt, es lo que prohíbe a los alemanes aspirar a asumir el liderazgo en Europa. La falta de experiencia (el país no ha sido plenamente soberano hasta 1990), una constelación política desfavorable a la vista de las coaliciones de gobierno y las tendencias pacifistas también fomentan y contribuyen a dicha incapacidad. En estos momentos, los liberales, que el año próximo tendrán que luchar por su regreso al Parlamento, aportan el

ministro de Exteriores. En estas condiciones no se puede esperar de Berlín una política exterior enérgica ni proyectos para el futuro del continente. La canciller Angela Merkel es científica de profesión. A día de hoy, por tanto, la política exterior y de seguridad de Alemania lleva una existencia en la sombra, precisamente ahora que se está produciendo una dramática transformación de Oriente Próximo.

Solo sobre la base de un considerable esfuerzo han conseguido los gobiernos federales a lo largo de los últimos 20 años enviar soldados a misiones en Afganistán o en los Balcanes. La mayoría de los alemanes están en contra: todavía se dejan notar las consecuencias de las dos guerras mundiales perdidas. El país se siente inseguro, y con la aprobación de una misión militar fuera de Europa no se ganan elecciones. Incluso la coalición CDU/CSU, que hace 20 años impuso el rearme con el entonces canciller Helmut Kohl, ha adoptado un perfil considerablemente bajo en este terreno, como puso de manifiesto la abstención de Alemania en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas cuando se abordó la situación libia en la primavera de 2011. El ejército alemán, que en la Guerra Fría estaba integrado por medio millón de soldados y tras la reunificación llegó a sumar temporalmente casi 700.000 hombres como resultado de la unión de los dos ejércitos alemanes, ha quedado reducido a 170.000 soldados. El pasado año, el gobierno Merkel/Westerwelle dejó en suspenso el servicio militar obligatorio, una medida irresponsable porque, como se está viendo ahora, no se logra reclutar suficiente personal cualificado. El ejército se encuentra así ante el dilema de reducir las cualificaciones o seguir reduciéndose hasta quedar en unos 140.000 soldados como prevén los analistas. En lugar de destinar el dos por cien del PIB a la defensa, como ha exigido la OTAN, Berlín gasta solamente un 1,4 por cien. No son buenas condiciones para la creación de un ejército europeo, en el que Alemania tendría que asumir funciones de mando junto a Reino Unido y Francia.

Alemania queda descartada por tanto como socio militar fiable, o bien va perfilándose progresivamente como un "candidato débil" en opinión de los estadounidenses, británicos y franceses, lo que ha facilitado en los últimos años una cooperación militar más estrecha entre París y Londres. En ella se pone de manifiesto la posición especial que ambas potencias nucleares, miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, tienen frente a Alemania, pero también supone una demostración de fuerza e independencia dirigida a los alemanes. Y casi nada apunta a que Francia y Reino Unido vayan a renunciar a ello en el futuro. Europa está dividida de este



Desde que estalló la crisis de la deuda soberana en Europa, el foco se ha posado sobre Alemania y su canciller, Angela Merkel, piezas claves en el futuro de la Unión Europea. GETTY

modo entre la economía, donde dominan los alemanes, y la seguridad, donde mandan las dos potencias occidentales. La República Federal debe tener cuidado de no convertirse en una nación propensa al chantaje si sigue subestimando las cuestiones de poder y de política de seguridad. El mundo futuro también será testigo del ascenso y caída de las potencias, y los vacíos de poder serán ocupados por nuevas potencias. La fortaleza económica y las altas cuotas de exportación no sirven por sí solas para afirmarse en el mundo y obligar a Europa a seguir el camino alemán.

Alemania y la cuestión Europea

Europa entra en juego como gran tema para Alemania cuando la primera generación de políticos alemanes posterior a 1945 empieza a verla como tabla de salvación. Para Adenauer, Erhard y sus sucesores, entre ellos muchos soldados de la Wehrmacht, como von Weizsäcker y Schmidt, fue determinante que los vencedores occidentales de 1945 tendieran la mano y volvieran a aceptar a los alemanes en el círculo de los pueblos civilizados. Surgió así, en paralelo a la reconstrucción del país, un mito fundacional europeo que todavía perdura y que hace que en el Parlamento alemán exista un amplio consenso respecto a Europa. Ahora bien, era ilusoria la esperanza de poder construir Europa como un Estado federal siguiendo el modelo de Estados Unidos, como igualmente optimista era la expectativa de que Alemania pudiera delegar en Europa el incómodo tema de la seguridad.

Ese amplio consenso europeo que caracteriza la actitud del gobierno de Angela Merkel en las negociaciones con sus socios europeos solo peligrará si la opinión pública alemana llega a tener la percepción de que los alemanes dan constantemente, mientras que sus socios no cambian de conducta en absoluto; es decir, no introducen recortes. Entonces el Tribunal Constitucional alemán podría verse obligado a intervenir, pues desde hace algún tiempo observa con recelo cuantas decisiones se toman en Bruselas sin legitimación parlamentaria. Detrás de esto se esconde la realidad de

Tras la Segunda Guerra mundial surge en Alemania un mito fundacional europeo que todavía perdura y permite el consenso

unas experiencias históricas extremadamente distintas. En último término, nos encontramos con una diferencia de mentalidad entre los pueblos del norte y el sur de Europa, una ética protestante de la economía frente a otra mediterránea que acepta tasas de inflación más altas –y, por tanto, infracciones del tratado de Maastricht–, pero que también es

más humana y flexible, puede que incluso más inteligente, a la hora de afrontar el lado práctico de la vida.

Grecia no es el verdadero problema en esta crisis de la Unión Europea que dura ya varios años. Sus socios pueden seguir contando con ella y quizá así pueda volver a pisar terreno firme. Porque en estos momentos es un “Estado fracasado” en el que no funciona ninguna de las estructuras internas del Estado, empezando por los partidos, que hasta ahora han practicado el clientelismo político, y terminando con la elite económica de Grecia, que prefiere vivir en el extranjero con su patrimonio. Es ahí donde deben empezar los cambios. Pero para provocar un cambio de mentalidad, eliminar privilegios, abandonar la corrupción, presentar y pagar facturas correctamente, el país deberá esforzarse durante décadas. Grecia nunca ha sido de por sí un miembro natural de la Comunidad, sino una proyección de los europeos. Pero el verdadero problema que debe afrontar Europa son las profundas diferencias entre la forma de pensar de franceses y alemanes sobre Europa y sobre el papel del continente en el sistema internacional. Estas dos naciones son representantes del centro y el norte de la Comunidad, es decir, grosso modo, Alemania, Escandinavia, los Estados del Benelux y Europa del Este frente al Sur: Francia, España, Italia y Portugal.

La política monetaria y fiscal contiene la memoria colectiva de las naciones y proyecta una imagen del futuro a partir de esas experiencias.

Francia tiene problemas para seguir el ritmo de la gran carrera de velocidad desencadenada por la globalización. Por un lado, es un país conservador, marcado aún por una mentalidad agraria, que lucha en el mundo por una identidad europea más de lo que lo hacen los alemanes. A ello hay que añadir la creencia en una figura y un papel europeos en la política mundial, y la disposición a intervenir militarmente en África o en Oriente Próximo. Eso permite disimular el potencial económico cada vez más débil del país, pero no cabe mofarse de esa capacidad, como ocurre en Alemania cuando se habla despectivamente de la *grande nation*. Por otro lado, Francia, con sus tradiciones en la línea de Colbert y su concentración en el hexágono, no está dispuesta a afrontar los retos de la competencia mundial a cualquier precio, aunque algunas grandes empresas públicas lo hacen con éxito. Ahora bien, hay dos indicadores característicos de Francia que reflejan sus problemas. La industria del automóvil, todavía importante para afirmarse como gran centro industrial, no puede seguir el ritmo de la competencia mundial: Hollande pretende rescatarla con subvenciones masivas. Pero más grave es la amplia carencia de una clase media industrial que busque mercados y oportunidades en el exterior. Aquí radica la diferencia esencial con Alemania, que en las dos últimas décadas se ha hecho “más norteamericana”, que cree en sus oportunidades en los mercados mundiales, y cuya clase trabajadora –a diferencia de la francesa– está dispuesta a asumir períodos de restricciones económicas si no hay más remedio a fin de asegurar y conservar los puestos de trabajo. Mientras que Francia lleva una década posponiendo reformas importantes porque los gobiernos temen las protestas en las calles, en Alemania funciona la cooperación entre empresarios y trabajadores. Hasta ahora no se tiene noticia de que se hayan producido huelgas enconadas o largas.

Desencuentros en el viejo continente

Desde la firma del Tratado de Maastricht, la política europea ha omitido apuntalar el edificio de la unión monetaria y económica. Esto incluye un elemento decisivo como es la cultura, es decir, el aprendizaje de idiomas, sin el cual es impensable el surgimiento de una opinión pública europea. Y sin una opinión pública europea el Parlamento de Estrasburgo tampoco puede desempeñar el papel que debería tener en el avance del continente hacia un

mayor número de características comunes. En lugar de eso, en los últimos 20 años ha podido observarse un alejamiento progresivo de las elites en Europa. El entendimiento mutuo de alemanes y franceses disminuye. El diálogo capitalino de la elite parisina versa sobre temas totalmente diferentes y se desarrolla en círculos enteramente distintos a los de la elite berlinesa.

Mientras que hace poco Alemania conseguía alargar la vida laboral hasta los 67 años como consecuencia de la evolución demográfica y de las mayores expectativas de vida, una de las primeras decisiones que tomó la presidencia de Hollande fue volver a bajar la edad de jubilación, que había aumentado su predecesor Sarkozy. En semejantes circunstancias no se puede esperar que la clase trabajadora alemana se muestre muy dispuesta a aceptar la transferencia de prestaciones en el marco europeo. Alemania ya tiene experiencia en la transferencia de prestaciones, práctica que sigue aplicando: desde la reunificación, año tras año fluyen sumas enormes de miles de millones al este del país para lograr equiparar el rendimiento económico y establecer unas condiciones de vida más o menos comparables, resultado que todavía no se ha logrado. Italia ha tenido una experiencia similar con su política de fomento del Mezzogiorno, que aplica desde hace mucho más tiempo.

Pero a la vista de las experiencias y análisis de los últimos años, Alemania no podrá evitar seguir brindando en el futuro garantías y aportaciones solidarias a la Unión y, al final, también habrá eurobonos. La idea de que ningún otro país se beneficia tanto del mercado único europeo como Alemania es una cosa; otra diferente es que, en la presente situación que atraviesa la política mundial, Alemania tiene una responsabilidad histórica frente a Europa. Aun cuando Berlín no pueda o no quiera asumir un papel de liderazgo, con estos actos de apoyo está comprando tiempo para conseguir que el proceso de integración europea supere determinados obstáculos en esta época de crisis, tiempo para conseguir convencer a los países socios y para explicar la insuficiencia de las alternativas. Aunque uno debe mostrarse escéptico frente a las declaraciones de los políticos que afirman la ausencia de alternativas para esta o aquella decisión, es cierto que Europa no tiene alternativa al mantenimiento y continuación de su integración. Es más, ahora toca acelerarla.

Alemania no puede argumentar exclusivamente con criterios económicos, con resoluciones de Maastricht que ella misma no ha cumplido ni tampoco pretende cumplir en el futuro. Hace poco, Renania del Norte-Westfalia, la región más poblada de la República Federal, ha optado por un gobierno roji-

verde a pesar de que esta región tiene un endeudamiento de las dimensiones del de las naciones mediterráneas. La región de Baden-Württemberg, de extraordinario dinamismo económico, con empresas como Mercedes y Porsche, también cuenta con un gobierno rojiverde desde el pasado año. Los alemanes no tienen realmente miedo a la inflación: la experiencia de la hiperinflación de la República de Weimar ha quedado muy atrás. Los gobiernos de los países socios lo saben y, sobre todo Francia, procuran que disminuya la importancia del Bundesbank en Europa y en el mundo, y que quienes se oponen a la política de ahorro (oficial) alemana aumenten su peso en las instituciones. En Alemania se sigue con especial desconfianza el trabajo de Mario Draghi al frente del Banco Central Europeo.

En los últimos años, la canciller Angela Merkel ha ido abandonando gradualmente las posiciones que los alemanes creían haber establecido para siempre hace 20 años en Maastricht. Los votantes alemanes no la han castigado por eso hasta ahora; por el contrario, la canciller logra siempre resultados brillantes en las encuestas por su cuidadosa gestión de la crisis europea. La oposición tampoco levanta la voz. En este contexto, desempeña un papel importante el hecho de que en Alemania se tenga ahora una mayor comprensión de la interdependencia existente entre los gigantes de la economía europea. Por otra parte, el sentido de responsabilidad que tiene en la actualidad Alemania se alimenta más de la deuda histórica que de ideas visionarias. Angela Merkel está en contacto permanente con Helmut Schmidt, economista de formación, cuyas entrevistas todavía ejercen gran influencia sobre la opinión pública del país, conocedora de que ese anciano está detrás de las decisiones de su canciller.